

EL
INTERCAMBIO
DIVINO

**La muerte propiciatoria de
Jesucristo en la cruz**

EL INTERCAMBIO DIVINO

Por Derek Prince

© 2003 Derek Prince Ministries–International

Todos los derechos reservados / All rights reserved.

Título original en inglés:

The Divine Exchange

Derek Prince © 1995 Derek Prince Ministries–International

PO Box 19501 Charlotte, NC 28219-9501 USA

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas en esta publicación son de la versión Reina-Valera 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de ninguna manera o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluso fotocopiado, grabado, o por ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito de Ministerios Derek Prince.

Traducción: Jorge A. de Araujo

Revisión: Nohra M. Bernal y Norma McDonald

Impreso en Estados Unidos.

ISBN-10: 958-8285-60-7

ISBN-13: 978-9588285603

Una invitación

*Jesucristo ha extendido una invitación para todo el género humano: “**Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar**” (Mateo 11:28). Sin importar cuál sea su necesidad, carga o problema, Dios tiene una respuesta para usted.*

Pero hay un solo lugar donde usted puede encontrar la respuesta: la cruz en la cual murió Jesús. Es mediante la cruz, –y sólo la cruz, que usted puede recibir la provisión para su necesidad, el alivio de su carga y la respuesta a su problema.

*¡Lea las páginas siguientes
con gran expectación!*

El intercambio divino

Todo el mensaje del evangelio se centra en un hecho histórico único: la muerte propiciatoria de Jesús en la cruz. Al respecto, el escritor de Hebreos dice: “porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Hebreos 10:14). Aquí se combinan dos expresiones poderosas: “perfecto” y “para siempre.” Ambas describen un sacrificio que abarca todas las necesidades del género humano en su conjunto. Además, sus efectos se extienden a través del tiempo y hasta la eternidad.

Es con base en este sacrificio que Pablo declara en Filipenses 4:19: “Mi Dios, pues, suplirá *todo lo que os falta* conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús.” *Todo lo que os falta* comprende todas las dimensiones de su vida: su cuerpo, su alma, su mente, sus emociones, así como también sus necesidades materiales y financieras. Nada es demasiado grande o demasiado pequeño como para quedar por fuera de la provisión de Dios. Mediante un acto singular y soberano, Dios juntó todas las necesidades y todo el sufrimiento de la humanidad en un momento crucial.

Dios no ofrece muchas soluciones diferentes para los innumerables problemas de la humanidad. En cambio, nos ofrece una solución absolutamente suficiente que es su respuesta para todos y cada uno de los problemas. Podemos provenir de muchos trasfondos diferentes, cargados con nuestra propia necesidad especial, pero para recibir la solución de Dios todos debemos dirigirnos al mismo lugar: la cruz de Cristo.

El relato más completo de lo que sucedió en la cruz lo dio el profeta Isaías, setecientos años antes de que sucediera. En Isaías 53:10 el profeta describe a un “siervo de Jehová” cuya alma habría de ser ofrecida a Dios como un sacrificio por el pecado. Los escritores del Nuevo Testamento están todos de acuerdo al identificar a Jesús como este “siervo” sin nombre. El propósito divino realizado por su sacrificio se resume en Isaías 53:6:

Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.

El problema fundamental y característico de toda la humanidad es que todos nos hemos apartado, hemos seguido nuestro propio camino. Hay diversos pecados específicos que muchos no han cometido jamás, tales como el asesinato, el adulterio, el hurto, etcétera. Pero todos tenemos esta característica en común: nos hemos apartado por nuestro propio camino. De esta manera, *hemos vuelto nuestra espalda a Dios*. La palabra hebrea que resume esto es *avon*—traducida aquí “pecado” y en otras ocasiones “**iniquidad**.” Quizás el equivalente más cercano en nuestro idioma contemporáneo sería “**rebelión**”—no contra el hombre, sino contra Dios.

Sin embargo, ninguna palabra en nuestro idioma, sea “iniquidad” o “rebelión,” comunica el significado pleno de *avon*. En su uso bíblico, *avon* describe, no sólo la iniquidad sino también el *castigo*—o *las consecuencias malas* que la iniquidad trae consigo.

Por ejemplo, en Génesis 4:13, después que Dios pasó sentencia sobre Caín por el asesinato de su hermano, aquél dijo: “Grande es mi castigo para ser soportado.” La palabra aquí traducida “castigo” es *avon*. Abarcaba no sólo la “iniquidad” de Caín, sino también el “castigo” que vino sobre él.

En Levítico 16:22, hablando del chivo expiatorio soltado en el Día de la Expiación, el Señor dijo: “Aquel macho cabrío llevará sobre sí todas sus iniquidades a tierra inhabitada.” Mediante este acto simbólico, el macho cabrío llevaba no sólo las iniquidades de los israelitas, sino también todas las consecuencias de sus iniquidades.

En Lamentaciones 4, *avon* aparece dos veces con ambos significados. En el versículo 6 se traduce: “la *iniquidad* de la hija de mi pueblo.” Luego, en el versículo 22, “tu *castigo*, oh hija de Sion.” En este caso, la palabra *avon* se traduce “castigo.” Es decir que, en su sentido más pleno *avon* significa no sólo “iniquidad” sino también *todas las consecuencias malas* que el juicio de Dios decreta sobre la iniquidad.

Esto se aplica al sacrificio de Jesús en la cruz. Jesús mismo no era culpable de pecado alguno. En Isaías 53.9 el profeta dice de Él: “nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca.” Pero en el versículo 6 dice: “mas Jehová cargó en él el pecado [*avon*] de todos nosotros.” Jesús no solo se identificó con nuestra iniquidad, sino que también sufrió todas las consecuencias malas que ésta trajo. Al igual que el chivo expiatorio que sirvió como figura de la realidad, Él las llevó lejos, para que nunca más pudieran volver sobre nosotros.

Este es el verdadero propósito y significado de la cruz. Sobre ella tuvo lugar un intercambio divinamente ordenado. En primer lugar, Jesús sufrió en nuestro lugar todas las consecuencias funestas con que la justicia divina había sentenciado nuestra iniquidad. En segundo lugar, mediante el intercambio en la cruz, Dios nos ofrece todo lo bueno que merecía la obediencia sin pecado de Jesús.

En otras palabras, la maldad que nosotros merecíamos vino sobre Jesús, para que, a cambio, nosotros pudiéramos recibir lo bueno que le correspondía solo a Él. Dios puede ofrecernos esto sin comprometer su propia y eterna justicia, porque Jesús sufrió por nosotros todo el justo castigo por nuestras iniquidades.

Todo esto procede exclusivamente de la insondable gracia de Dios y se recibe solo por la fe. No hay explicación lógica desde el punto de vista de causa y efecto. Ninguno de nosotros ha hecho cosa alguna para merecer tal oferta, y ninguno podrá jamás hacer algo para ganarlo.

La Escritura da a conocer muchos aspectos diferentes del intercambio así como varios aspectos a los cuales se aplica. En cada caso, sin embargo, el mismo principio es válido: **lo malo vino sobre Jesús para que nosotros pudiéramos recibir lo bueno.**

Los dos primeros aspectos del intercambio se dan a conocer en Isaías 53:4-5:

Ciertamente llevó él nuestras enfermedades [literalmente], y sufrió nuestros dolores [literalmente]; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo [literal] de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga [literal] fuimos nosotros curados.

Hay dos verdades entrelazadas aquí. La aplicación de una de ellas es espiritual, y la de la segunda es física. En el plano espiritual, Jesús recibió el castigo por nuestras transgresiones e iniquidades para que nosotros, a su vez, pudiéramos ser perdonados y así tener paz con Dios (ver Romanos 5:1). En el plano físico, Jesús sufrió nuestras enfermedades y dolores para que nosotros mediante sus heridas pudiéramos ser sanados.

La aplicación física del intercambio se confirma en dos pasajes del Nuevo Testamento. Mateo 8:16-17 hace referencia a Isaías 53:4 y señala que Jesús: “sanó a todos los enfermos; para que se cumpliese lo dicho” por el profeta Isaías, cuando dijo:

Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias.

Una vez más, en 1 Pedro 2:24, el apóstol se refiere a Isaías 53:5-6 y dice de Jesús:

Quien llevó él mismo nuestros pecados y en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados.

El doble intercambio descrito en los anteriores versículos puede resumirse de la siguiente manera:

Jesús fue castigado para que nosotros pudiéramos ser perdonados.

Jesús fue herido para que nosotros pudiéramos ser sanados.

Un tercer aspecto del intercambio aparece en Isaías 53:10, y afirma que el Señor hizo “expiación por el pecado” por medio de la vida de Jesús. Esta afirmación se debe entender a la luz de las ordenanzas mosaicas para las diversas ofrendas por el pecado. Se requería que la persona que había pecado trajera al sacerdote su ofrenda propiciatoria: una oveja, una cabra, un toro, o algún otro animal. Luego confesaba su pecado sobre la ofrenda y el sacerdote transfería simbólicamente el pecado confesado de la persona al animal. Entonces se mataba al animal, pagando así la pena por el pecado que había sido transferido.

En la presciencia de Dios, todo este drama estaba diseñado para prefigurar lo que habría de realizar el absolutamente suficiente sacrificio final de Jesús. En la cruz, el pecado del mundo entero fue transferido al alma de Jesús. Isaías 53:12 describe el resultado: “[El] derramó su vida hasta la muerte.” Por su muerte propiciatoria, sustitutiva, Jesús hizo expiación por el pecado de todo el género humano.

En 2 Corintios 5:21 Pablo se refiere a Isaías 53:10 y, al mismo tiempo, presenta el aspecto positivo del intercambio:

Al que no conoció pecado, por nosotros [Dios] lo hizo [a Jesús] pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.

Pablo no habla aquí de algún tipo de justicia que nosotros podamos alcanzar por nuestro propio esfuerzo, sino de la justicia misma de Dios: una justicia que nunca ha conocido pecado. Ninguno de nosotros podría ganar esto jamás. Está tan por encima de nuestra propia justicia como el cielo lo está de la tierra. Se recibe solo por la fe.

Este tercer aspecto del intercambio puede resumirse como se indica a continuación:

*Jesús se hizo **pecado con nuestra maldad para que nosotros pudiéramos ser hechos justos con su justicia.***

El siguiente aspecto del intercambio es un resultado lógico del proceso anterior. Toda la Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, subraya que la consecuencia final del pecado es la muerte. En Ezequiel 18:4 el Señor afirma: “El alma que pecare esa morirá.” En Santiago 1:15 el apóstol dice: “y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte.” Cuando Jesús se identificó con nuestro pecado, era inevitable que sufriera asimismo la muerte que viene como consecuencia del pecado.

Para recalcar esta verdad, el autor de Hebreos dice en 2:9: “[Jesús] fue hecho un poco menor que los ángeles...a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios, gustase la muerte por todos.” Su muerte fue el resultado inevitable del pecado humano con el cual había cargado. El llevó el pecado de todos los hombres, y de esa manera murió la muerte que merecían todos los hombres.

A todos aquellos que aceptan su sacrificio substitutivo, Jesús ofrece ahora el regalo de la vida eterna. En Romanos 6:23 Pablo compara las dos alternativas: “Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.”

Así pues, el cuarto aspecto del intercambio puede resumirse de la siguiente manera:

*Jesús padeció nuestra muerte para que **nosotros pudiéramos recibir su vida.***

Pablo plantea un aspecto adicional del intercambio en 2 Corintios 8:9:

“Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos.”

El intercambio es claro: de la pobreza a la riqueza. Jesús se hizo pobre para que nosotros pudiéramos llegar a ser ricos.

¿Cuándo se hizo pobre Jesús? Algunos se lo imaginan pobre durante su ministerio en la Tierra, pero esto no es correcto. En realidad Jesús no llevaba mucho dinero efectivo en su vida personal, pero en ningún momento careció de los recursos necesarios. Cuando envió a sus discípulos por su cuenta, ellos

tampoco sufrieron penurias (ver Lucas 22:35). Así, lejos de ser pobre, él y sus discípulos practicaban con frecuencia el dar a los pobres (ver Juan 12:4-8; 13:29).

Es cierto que los métodos de Jesús para obtener dinero eran a veces poco convencionales. Pero el dinero tiene el mismo valor sea retirado de un banco o ¡de la boca de un pez! (ver Mateo 17:27). Sus métodos para la provisión de alimentos eran también en ocasiones poco convencionales. Sin embargo, de acuerdo con el criterio general, un hombre con capacidad para ofrecer una comida para cinco mil hombres (sin contar mujeres y niños), ¡ciertamente no se puede considerar pobre! (ver Mateo 14:15-21).

Lo cierto es que Jesús, a lo largo de Su ministerio en la tierra, fue ejemplo de la “abundancia,” tal como la Biblia la define. Siempre tuvo todo lo necesario para hacer la voluntad de Dios en Su propia vida. Y además, dio sin restricción a otros, y Su provisión nunca se agotó.

Entonces, ¿cuándo fue que Jesús se hizo pobre por nosotros? La respuesta es: *en la cruz*. En Deuteronomio 28:48 Moisés resumió la pobreza absoluta en cuatro aspectos: hambre, sed, desnudez y privación de todas las cosas. Jesús sufrió cada una hasta la saciedad en la cruz.

Tuvo *hambre*. No había comido durante aproximadamente 24 horas.

Tuvo *sed*. Una de sus últimas expresiones fue: “Tengo sed” (Juan 19:28).

Quedó *desnudo*. Los soldados le habían quitado todas sus ropas (Juan 19:23).

Experimentó la *privación de todas las cosas*. Se quedó sin nada en absoluto. Después de su muerte fue enterrado en una túnica y en una tumba prestadas (Lucas 23:50-53). De esa manera Jesús, de manera exacta y plena, sufrió la *pobreza absoluta* por nuestro bien.

En 2 Corintios 9:8 Pablo presenta de manera más completa el aspecto positivo que resulta del intercambio:

Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra.

Pablo se cuida en resaltar de principio a fin que la única base para este intercambio es *la gracia* de Dios. Nunca se puede ganar ni merecer. Sólo se puede recibir por la fe.

Con frecuencia nuestra “abundancia” será como la de Jesús mientras estuvo en la tierra. Tal vez no llevaremos grandes cantidades de dinero en efectivo ni tendremos depósitos grandes en un banco. Pero día a día tendremos lo suficiente para suplir nuestras propias necesidades, y algo más para suplir las necesidades de otros.

Una razón importante para vivir con este estilo de provisión es la que indican las palabras de Jesús en Hechos 20:35: “Más bienaventurado es dar que recibir.” El propósito de Dios es que todos sus hijos puedan disfrutar de la mayor bendición. Por lo tanto, Él provee lo suficiente para cubrir nuestras necesidades personales y también para dar a otros.

Este quinto aspecto del intercambio puede resumirse de la siguiente manera:

Jesús llevó nuestra pobreza para que nosotros pudiéramos compartir su abundancia.

El intercambio en la cruz abarca también las formas emocionales de sufrimiento que vienen como resultado de la iniquidad del hombre. Otra vez en este aspecto, Jesús cargó con lo malo para que nosotros pudiéramos disfrutar de lo bueno. Dos de las heridas más crueles padecidas por causa de la iniquidad son la *vergüenza* y el *rechazo*. Ambos vinieron sobre Jesús en la cruz.

La *vergüenza* puede variar en intensidad desde el oprobio agudo hasta un sentimiento de vileza e indignidad que le impide a una persona tener comunión significativa con Dios o con otras personas. Una de las causas más comunes—que sucede cada vez con mayor frecuencia en nuestra sociedad contemporánea, es alguna forma de abuso sexual y de maltrato en la niñez. Con frecuencia, esto deja heridas que solo pueden ser sanadas por la gracia de Dios.

Respecto a Jesús en la cruz, el autor de Hebreos dice que Él “sufrió la cruz, *menospreciando el oprobio*” (Hebreos 12:2). La ejecución sobre una cruz era la más vergonzosa de todas las formas de muerte, reservada para la clase criminal más baja. La persona ejecutada era despojada de toda su ropa y expuesta desnuda a la mirada de los transeúntes, que lo escarnecían y se burlaban de él. Este fue el grado de vergüenza que Jesús soportó mientras colgaba en la cruz (Mateo 27:35-44).

A cambio de la vergüenza que Jesús padeció, el propósito de Dios es llevar a quienes confían en Él a compartir Su gloria eterna. Hebreos 2:10 dice: “Porque convenía a aquél [Dios] que *habiendo de llevar muchos hijos a la gloria*, perfeccionase por aflicciones al autor [Jesús] de la salvación de ellos.” La vergüenza que Jesús padeció en la cruz abrió el camino para que todos los que confíen en él sean liberados de su propia vergüenza. Y no solo eso, sino que Él también comparte con nosotros ¡la gloria que le pertenece por derecho eterno!

Existe otra herida aún más angustiada que la vergüenza. Es el rechazo. Este surge a menudo a raíz del rompimiento de alguna forma de relación. En su forma más temprana es ocasionado por padres que rechazan a sus propios hijos. El rechazo puede ser activo, manifestado en expresiones negativas y duras, o puede ser la simple ausencia de manifestaciones de amor y aceptación. Si una mujer encinta alberga sentimientos negativos hacia el bebé en su vientre, el niño nacerá probablemente con un sentimiento de rechazo—que puede prevalecer hasta la vida adulta y acompañarlo hasta la sepultura.

La desintegración de un matrimonio es otra causa frecuente de rechazo. Este se ilustra con claridad en las palabras del Señor en Isaías 54:6:

Porque como a mujer abandonada y triste de espíritu te llamó Jehová, y como a la esposa de la juventud que es repudiada, dijo el Dios tuyo.

La provisión de Dios para sanar la herida del rechazo se encuentra en Mateo 27:46 y 50, que describe la culminación de la agonía de Jesús:

Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Mas Jesús, habiendo otra vez clamado a gran voz, entregó el espíritu.

Por primera vez en la historia del universo, el Hijo de Dios clamó a su Padre y no recibió respuesta. Jesús se había identificado con la iniquidad del hombre al punto de que la inmutable santidad de Dios ocasionó el rechazo de su propio Hijo. De esta manera Jesús padeció el rechazo en su forma más angustiosa: el rechazo de un padre. Luego, casi de inmediato, murió; no de las heridas de la crucifixión, sino de un corazón roto por el rechazo.

El relato de Mateo dice a continuación: “Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo.” De manera simbólica, esto demostraba que el camino se había abierto para que el hombre pecador entrara en comunión directa con un Dios santo. El rechazo de Jesús abrió el camino para que nosotros fuéramos aceptados por Dios como sus hijos. Pablo lo resume en Efesios 1:5–6 de esta manera:

“...habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo...[Dios] nos hizo aceptos en el Amado.”

El rechazo de Jesús dio como resultado nuestra aceptación.

El remedio de Dios para la vergüenza y el rechazo nunca ha sido requerido con tanta urgencia como hoy día. Calculo que por lo menos una cuarta parte de los adultos en el mundo actual sufre de heridas por la vergüenza o el rechazo. Siempre me lleno de un gozo indescriptible cuando puedo servir para guiar a dichas personas a la sanidad que fluye de la cruz de Cristo.

Los dos aspectos emocionales del intercambio en la cruz que se han analizado se pueden resumir como se indica a continuación:

*Jesús llevó nuestra **vergüenza** para que nosotros pudiéramos compartir su **gloria**.*

*Jesús sufrió nuestro **rechazo** para que nosotros pudiéramos tener su **aceptación** con el Padre.*

Los aspectos del intercambio analizados anteriormente cubren algunas de las necesidades más básicas y apremiantes de la humanidad, sin ser de manera alguna exhaustivos. Realmente no existe una sola necesidad, producto de la rebelión del hombre, que no sea cubierta por el mismo principio de intercambio: *lo malo vino sobre Jesús para que nosotros pudiéramos recibir lo bueno.* Una vez que hayamos

aprendido a aplicar este principio en nuestra vida, la provisión de Dios se hará realidad para cada necesidad.

Queda un último aspecto culminante del intercambio, descrito por Pablo en Gálatas 3:13-14:

Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero), para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe, recibiéramos las promesas del Espíritu.

Pablo aplica a Jesús en la cruz una sanción de la ley mosaica expresada en Deuteronomio 21:23, según la cual una persona ejecutada sobre un “madero” (un patíbulo de madera), caía bajo la maldición de Dios. Luego procede describiendo el resultado opuesto: la bendición.

No se necesita la interpretación de un teólogo para entender este aspecto del intercambio:

Jesús se hizo maldición para que nosotros pudiéramos entrar en la bendición.

La maldición que vino sobre Jesús se define como “la maldición de la ley.” En Deuteronomio 28 Moisés ofrece una lista exhaustiva de ambas, tanto de las bendiciones que resultan de obedecer la ley como de las maldiciones que resultan de la desobediencia. Las maldiciones enumeradas en Deuteronomio 28:15-68 pueden resumirse como se indica a continuación:

- ***Humillación***
- ***Esterilidad***
- ***Enfermedad mental y física***
- ***Desintegración familiar***
- ***Pobreza***
- ***Derrota***
- ***Opresión***
- ***Fracaso***
- ***El desagrado de Dios***

¿Algunas de estas palabras se aplican a su vida? ¿Hay efectos que se posan sobre usted como una sombra oscura bloqueando la luz de las anheladas bendiciones de Dios? Si es así, es probable que la causa de sus problemas sea una maldición de la cual usted necesita ser liberado.

Para apreciar el pleno horror de la maldición que vino sobre Jesús, intente imaginarlo colgado en la cruz.

Jesús había sido rechazado por sus propios compatriotas, traicionado por uno de sus discípulos, y abandonado por el resto (aunque algunos luego volvieron para seguir su agonía final). Fue suspendido desnudo entre la tierra y el cielo. Su cuerpo fue sacudido por los dolores atroces de innumerables heridas,

su alma agobiada por la culpa de toda la humanidad. La tierra lo había rechazado, y el cielo no respondía a su clamor. Cuando el sol retiró su luz y la oscuridad lo cubrió, la vida en su sangre se iba extinguiendo poco a poco en el suelo pedregoso y polvoriento. No obstante, desde la oscuridad, cuando estaba a punto de expirar, vino un grito final y triunfante: “¡Consumado es!”

En el texto griego la expresión “consumado es” una sola palabra. Se trata del tiempo perfecto de un verbo que significa “hacer algo completo o perfecto.” Podría traducirse y valga la redundancia: “está completamente completo” o “está perfectamente perfecto.”

Jesús había cargado sobre sí todas las consecuencias maléficas que la rebelión había traído sobre la humanidad. Había abolido toda maldición provocada por la transgresión de la ley de Dios. Todo esto, para que nosotros pudiéramos recibir toda bendición gracias a su obediencia. Este sacrificio es asombroso en su alcance y, sin embargo, maravilloso en su simplicidad.

¿Ha aceptado por la fe esta explicación del sacrificio de Jesús y todo lo que Él ha obtenido para usted?
¿Anhela usted entrar ahora en la provisión plena de Dios?

Hay una barrera que todos debemos enfrentar—la barrera del pecado que no ha sido perdonado. ¿Tiene usted ya una promesa clara del perdón de sus pecados mediante el sacrificio de Jesús? Si no es así, es por ahí que debe comenzar.

Puede hacer esta simple oración:

Dios, reconozco que soy un pecador y que en mi vida hay pecado que aún no ha sido perdonado. Yo creo que Jesús fue castigado para que yo pudiera ser perdonado, y por lo tanto te pido ahora: Perdona todos mis pecados, en el nombre de Jesús.

La Palabra de Dios promete que “si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). ¡Tómale a Dios por Su palabra! ¡Cree en este mismo momento que Él realmente te ha perdonado todos tus pecados!

Hay una respuesta sencilla que usted debe dar—la expresión más simple y pura de la verdadera fe. Es decir: “¡Gracias!”

¡Hágalo ahora mismo! “¡Gracias! Gracias, Señor Jesús, porque tú fuiste castigado para que yo pudiera ser perdonado. No lo comprendo totalmente, pero ¡lo creo y estoy agradecido!”

Una vez derribada la barrera del pecado, el camino está abierto para entrar en todas las demás provisiones que Dios ha dispuesto para usted mediante la cruz. Al igual que el perdón de los pecados, cada una debe recibirse sencillamente por la fe en la Palabra de Dios.

Cada uno de nosotros tiene necesidades especiales y cada uno debe venir a Dios de manera individual para aceptar su provisión. A continuación presento algunas expresiones generales que usted puede usar para apropiarse de cualquiera de las otras provisiones descritas en este libro.

Señor Jesús, te doy gracias porque fuiste herido para que yo pudiera ser sanado.

Señor Jesús, te doy gracias porque te hiciste pecado con mi pecaminosidad para que yo pudiera ser justo con tu justicia.

Señor Jesús, te doy gracias porque padeciste mi muerte para que yo pudiera recibir tu vida.

Señor Jesús, te doy gracias porque tú llevaste mi pobreza para que yo pudiera compartir tu abundancia.

Señor Jesús, te doy gracias porque tú llevaste mi vergüenza para que yo pudiera compartir tu gloria.

Señor Jesús, te doy gracias porque tú sufriste mi rechazo para que yo pudiera tener tu aceptación con el Padre.

Señor Jesús, te doy gracias porque te hicieron maldición para que yo pudiera entrar en la bendición.

Cada provisión por la que usted ha orado es progresiva. Su oración inicial ha liberado el poder de Dios en su vida. Sin embargo, ese es sólo el comienzo. Con el fin de apropiarse de la provisión plena que busca, será necesario que usted haga tres cosas:

1. Examinar estas verdades por sí mismo en la Biblia.
2. Reafirmar continuamente el aspecto particular del intercambio que responde a su necesidad.
3. Reafirmar continuamente su fe agradeciendo a Dios por lo que Él ha provisto.

Cuanto más dé gracias a Dios, más creerá en lo que Él ha hecho por usted. Y cuanto más crea, más querrá darle gracias.

Estas dos cosas—creer y dar gracias, dar gracias y creer, son como una escalera en espiral que lo llevará cada vez más alto en la plenitud de la provisión de Dios.

El intercambio en la cruz

Hay una — y una sola — base absolutamente suficiente para cada provisión de la misericordia de Dios: el intercambio que tuvo lugar en la cruz.

*Jesús fue **castigado** para que nosotros
pudiéramos ser **perdonados**.*

*Jesús fue **herido** para que nosotros
pudiéramos ser **sanados**.*

*Jesús fue hecho **pecado con nuestra maldad**
para que nosotros pudiéramos ser hechos **justos con su justicia**.*

*Jesús padeció nuestra **muerte** para que
nosotros pudiéramos recibir su **vida**.*

*Jesús llevó nuestra **pobreza** para que
nosotros pudiéramos compartir su **abundancia**.*

*Jesús padeció nuestra **vergüenza** para que
nosotros pudiéramos compartir su **gloria**.*

*Jesús padeció nuestro **rechazo** para que
nosotros pudiéramos tener su **aceptación** con el Padre.*

*Jesús fue hecho **maldición** para que
nosotros pudiéramos entrar en la **bendición**.*

Esta lista no está completa. Hay otros aspectos del intercambio que podrían añadirse. Pero todos ellos son facetas diferentes de la provisión que Dios ha hecho mediante el sacrificio de Jesucristo. La Biblia los resume en una grandiosa palabra que encierra todo: *salvación*. A menudo los cristianos limitan la salvación a la experiencia del perdón de sus pecados y del nuevo nacimiento. Sin embargo, con todo y lo maravilloso que son estas experiencias, constituyen sólo la primera parte de la salvación total revelada en el Nuevo Testamento.

ACERCA DEL AUTOR

Derek Prince (1915–2003) nació en la India de padres británicos. Se educó como erudito en griego y latín en el Eton College y en la Universidad de Cambridge en Inglaterra, y fue profesor residente de filosofía antigua y moderna en King's College. También estudió varias lenguas modernas, hebreo y arameo, en la Universidad de Cambridge y en la Universidad Hebrea en Jerusalén.

Mientras servía al ejército británico en la Segunda Guerra Mundial, comenzó a estudiar la Biblia y experimentó un encuentro con Jesucristo que cambió su vida. A partir de ese encuentro, llegó a dos conclusiones: primero, que Jesucristo vive; y segundo, que la Biblia es un libro veraz, pertinente y actual. Estas conclusiones alteraron por completo el curso de su vida, la cual dedicó desde entonces al estudio y enseñanza de la Biblia.

El don principal de Derek de explicar la Biblia y su enseñanza de manera clara y sencilla ha contribuido a edificar un fundamento de fe en millones de personas. Su enfoque no denominacional y libre de sectarismos ha permitido que su enseñanza sea igualmente relevante y útil para personas de todos los trasfondos raciales y religiosos.

Es autor de más de 50 libros, 500 enseñanzas en audio y 110 vídeos, muchos de los cuales han sido traducidos y publicados en más de 100 idiomas. Su programa radial de emisión diaria, “Llaves para vivir con éxito,” se traduce al árabe, chino (amoy, cantonés, mandarín, shangainés, swatow), croata, alemán, malgache, mongol, ruso, samoano, español y tongano. El programa de radio sigue tocando vidas alrededor del mundo.

Los Ministerios Derek Prince continúan en su labor de hacer llegar a los creyentes en más de 140 países las enseñanzas de Derek, cumpliendo así el mandato de perseverar “hasta que Jesús vuelva”. Esta labor se lleva a cabo a través de los programas de alcance en más de 45 oficinas de Derek Prince alrededor del mundo, entre ellas la obra principal en Australia, Canadá, China, Francia, Alemania, los Países Bajos, Noruega, Rusia, Sudáfrica, Suiza, el Reino Unido, y los Estados Unidos. Si deseas obtener información actualizada acerca de estas y otras oficinas internacionales, visita www.ministeriosderekprince.org.

***Estos son algunos del gran número de materiales de Derek Prince,
disponibles actualmente en español.***

Un regalo para ti...

el CD de enseñanza de Derek Prince

Amor extravagante

123SP

Llama gratis al: 1 (800) 448-3261

o visítanos:

www.derekprince.org/ae

Ministerios Derek Prince

PO Box 19501

Charlotte, NC 28219 EEUU

www.ministeriosderekprince.org

MINISTERIOS DEREK PRINCE
OFICINAS INTERNACIONALES

Alemania
Armenia
Australia
Bosnia
Bulgaria
Canadá
China
Croacia
Cuba
Egipto
Eslovaquia
Eslovenia
Estados Unidos
Estonia
Etiopía
Fiji
Francia
Hungría
India
Indonesia
Islas Salomón
Israel
Kazajistán
Macedonia
Malasia
Myanmar
Nepal
Nueva Zelandia
Noruega
Países Bajos
Paquistán
Papúa Nueva Guinea
Polonia
Reino Unido
República Checa
Rumania
Rusia
Serbia
Singapur
Sudáfrica

Suecia
Suiza
Ucrania
Vanuatu